

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

A LO QUE OBLIGA EL SER REY

Edición crítica y anotada

de

WILLIAM R. MANSON y C. GEORGE PEALE

Estudio introductorio

de

SUSANA HERNÁNDEZ ARAICO



Juan de la Cuesta
Newark, Delaware

ÍNDICE

Nota preliminar	7
Índice	9
Abreviaturas	11
Estudio introductorio de SUSANA HERNÁNDEZ ARAICO	13
Estudio textual de C. GEORGE PEALE	35
<i>Fechas y testimonios</i>	35
<i>Versificación</i>	47
Criterios de edición de WILLIAM R. MANSON y C. GEORGE PEALE	49
Bibliografía	51
<i>A lo que obliga el ser rey</i> de LUIS VÉLEZ DE GUEVARA	59
Acto Primero	61
Acto Segundo	105
Acto Tercero	143
Notas	179
Índice de voces comentadas	207

El enamoramiento inicial de Alfonso el Sabio con la hija de su ayo y amada del galán que después nombra su valido amenaza la honra de estos tres personajes que el rey quisiera favorecer. El texto dramático se inicia con escena nocturna típica de capa y espada donde el gracioso Abril reta a su amo, el galán don Jimén, por trasnochar frente al balcón de su amada, doña Hipólita. La reprehensión cómica de Abril deviene informe —función también típica de gracioso— que transforma la introducción cómica en arranque de tragicomedia; pues explica la rivalidad amorosa entre su amo y el rey.

Por las quejas de Abril, el público se entera de que don Jimén ha venido de Sevilla a la corte en Burgos pretendiendo mercedes por su servicio al Rey don Fernando contra moros; pero en vez de perseguir sus intereses cortesanos, desperdicia tiempo y dinero en este amorfo. «Aunque en nobleza la igual[a]» don Jimén, Abril no cree que la hija del conde de Lara se fije en «soldado sin hacienda» (v. 65). Cuando este le asegura que doña Hipólita le da esperanzas de corresponder su amor, Abril se alegra de que su amo llegue a ser conde, aunque «dícese» (v. 97) que el nuevo rey compite con él por ese amor. El galán descarta el rumor como «[m]alicia vulgar» (v. 107) por los favores con que el monarca ha honrado al Conde don Nuño, padre de Hipólita, que además está por regresar a la corte, en compañía del Infante don Felipe, con la nueva reina de Castilla, doña Violante de Aragón.

Comparando el placer carnal con diversos platillos, Abril le asegura a su amo que el rey apetecerá más que la comida diaria que representa la esposa, aunque Burgos esté apenas por celebrar la entrada oficial de la nueva reina. Los disparates interminables del gracioso señalan a los receptores la amenaza trágica del contrincante poderoso, joven apuesto y heredero reciente del trono, que pronto complica la escena nocturna de amo y criado apareciendo frente al balcón de la dama embozado y, extrañamente, a solas.

Cuando Jimén divisa a través de unas vidrieras a la amada en una silla, al parecer durmiendo, se maravilla de que doña Hipólita esté «a estas horas tan compuesta» (v. 154). Abril le sugiere al amo que lo esperará a él, y este se muestra galán típico, próximo a desmayar ante el sol durmiente que la amada representa en términos platónicos. Para el gracioso, que el sol duerma significa tan solo la interrupción de la lucha humana por la supervivencia, según elabora en un parlamento de vulgaridades que rompe la ilusión histórica del reinado de Alfonso el Sabio, aludiendo a las Indias (vv. 199–200).

La ironía dramática principia al aparecer en la calle un embozado, identificado en la acot. C como «*el REY DON ALFONSO EL SABIO*», a quien don Jimén, impelido por su nobleza, acude a defender contra el asalto de otros dos embo-

zados. Aun cuando el sol duerme, pues, no hay tranquilidad. Irónicamente también, el embozado que don Jimén defiende resulta para espectadores y galán ser su rival, el rey. Al entrar en la escena, este mismo que llegara a merecer el apelativo «sabio», antes que nada admite su falta de «cordura» en no «venir acompañado» y reconoce que son sus «finezas de hombre mozo / y no de rey sabio» (vv. 227–28). La ironía se intensifica puesto que, en vez de al galán, doña Hipólita aguarda al rey y lo introduce en su aposento mientras don Jimén le sirve de guardaespaldas y observa la escena interior entre su dama y el rey. Como doña Hipólita se ha dado cuenta de que las «[c]uchilladas [...] en la calle» (vv. 267–68) involucran tanto a Jimén como al rey y después le explica a este que ese caballero «desempiedra esta calle / y acuchilla estas paredes» (vv. 589–90), parecería haber proyectado su entrevista con el monarca precisamente para representarla ante el «galán, valiente soldado» (v. 575).

De nuevo en este primer acto se confirma la fuerza motriz dramática de gracioso y dama. Pues Abril le señala a su desconsolado amo la ventaja de haber salvado al rey del asalto, aludiendo al título del drama, «¿obligar a un rey con esta / ocasión no ha sido dicha?» (vv. 288–89). Igualmente sagaz y emprendedora, doña Hipólita ha llamado al rey para recordarle en un extenso parlamento las obligaciones (vv. 484–97) que tiene como soberano para con su padre, el conde de Lara, en vez de amenazar su honra pretendiendo su amor. La obligación del rey que la dama señala es «heroicamente vencerse» (v. 436), desistir en su pasión por ella (vv. 555–65), y favorecer su matrimonio con don Jimén antes de que regrese de Aragón el Conde don Nuño y se entere de posibles amenazas a su honra (vv. 595–606). Con un extenso parlamento de doscientos quince versos, Hipólita deja al rey tanto como a don Jimén y a los receptores deslumbrados con su firmeza y astucia.

Precisamente cuando Alfonso reconoce estar «obligado a entrambos» (v. 641) al galán que le ha salvado la vida y a la dama, hija del conde de Lara, este retorna inesperadamente sorprendiendo al rey en su casa de noche con Hipólita. Alfonso, habiendo decidido pagar sus deudas (vv. 679–80), explica que no pretende más que honrar al Conde casando a su hija con el que ha de nombrar válido. Le aclara al conde que ha venido en ese momento, en vísperas de la entrada de la nueva reina a la corte, para conseguir el consentimiento de Hipólita. Con la gustosa reacción del Conde, Alfonso le anuncia que sus propias bodas se han de celebrar junto con las de Hipólita y su nuevo válido, cuyo apellido, curiosamente enunciado por cuarta vez (vv. 62, 571, 609, 753), el Conde admite conocer (v. 755). Solo después de anunciar la boda de sus súbditos, pregunta el rey por su esposa, sugiriendo el nivel inferior de interés que la nueva reina ocupa y que va a justificar los celos y resentimiento de Violante al aparecer próximamente en la escena.

En el gocijante aparte de Hipólita, pues, donde ruega a la Fortuna se detenga en tal dicha, los receptores reconocen la ironía de un próximo revés, reforzada con las bodas iniciales que convencionalmente dan arranque a una

tragedia. Al irse el rey y el conde, irrumpe en la escena interior don Jimén (a quien el lector habrá podido olvidar pero el espectador ha visto constantemente) habiendo presenciado todo lo transcurrido. Doña Hipólita finge sorprenderse con su presencia y lo insta a que siga al rey en vez de amenazar su honra. Una breve escena cómica entre Abril y la criada Laura remeda en discurso vulgar la de los amos, desplomando su sublimidad antes de aparecer en la escena la amenaza a la recién lograda felicidad de Hipólita y Jimén.

En las afueras de Burgos, donde pernocta la nueva reina Violante antes de entrar oficialmente a la corte, se queja con el infante don Felipe por la falta de atención de Alfonso. Las repetidas disculpas por el hermano solo aumentan en Violante los celos por la belleza de Hipólita y los favores del rey para con su padre el Conde de Lara; pues ha «sabido que al Rey / [esa dama] no le ha parecido mal» (vv. 899–900). La pregunta retórica del infante plantea la causa del conflicto que los receptores jamás conocen hasta el desenlace repentino de la tercera jornada: «¿Qué criado desleal, / ni qué vasallo sin ley / puede haberos informado / tan mal?» (vv. 901–04). Si Felipe, a sabiendas o no, niega «tan ciego desvarío» (v. 913) del rey por Hipólita ya «que no hubiera merecido / nombre de Sabio» (vv. 910–11), y si Violante tiene razón en sentirse desairada, ambos desconocen la resolución del rey de desistir en su pasión. Las noticias que Abril trae de la nueva privanza de Jimén y de su boda con la hermosa hija del Conde de Lara despiertan aun más en Violante la envidia que Felipe intenta acallar. Sintiendo sus propias bodas reales y atractivo pasar a segundo plano, Violante se lamenta de hallar mayor tormenta en su llegada que en camino. La primera jornada cierra con la bienvenida oficial de la nueva reina donde indiscretamente Alfonso alaba extensamente a Hipólita como mercedora del nombramiento de Camarera Mayor. Todas las breves intervenciones o apartes de Violante son expresiones de sarcasmo resentido. Cuando Jimén se declara su fiel servidor, no entiende la advertencia de la reina de que «[m]ejor / es saber ser buen marido» (vv. 1043–44). La observación final de Abril —«que toda / esta reina es adivino» (vv. 1047–49)— enfoca el desarrollo del conflicto en el resentimiento de Violante.

El Acto II ofrece un cambio radical de la felicidad que el rey pretende para Hipólita y Jimén al cerrar el acto primero. En el inter desde ese cierre, las advertencias de posible cambio de fortuna y la amenaza de los celos de la reina por lo visto han afectado a la pareja de recién casados. Hipólita se declara insatisfecha por la tristeza de su marido. Este se queja 1) de las obligaciones palaciegas que no le permiten disfrutar su matrimonio, 2) de las murmuraciones y envidias que suscita su servicio al rey, y 3) de las ofensas de la reina. Tal insatisfacción da lugar a otro largo parlamento de Hipólita, de 104 versos destacando el desprecio de corte y alabanza de aldea (vv. 1153–1256)—que permite especular sobre el favoritismo dramático de Vélez hacia alguna buena actriz en particular.

Por otro lado, esta primera escena de la segunda jornada desvanece toda sutileza de caracterización en cuanto a la reina Violante al subrayar su maldad